

ta si Dios nos ama á nos aborrece (1), pues, como dice el Sabio, *del pecado perdonado no quieras estar sin temor* (2); y por cierto esta consideración hacía temblar á los Santos, que no tenían tantos motivos para ello como nosotros. Repitémoslo, hermanas mías, y no lo olvidemos nunca: hemos pecado, y aunque nos hemos arrepentido y confesado, ignoramos si estamos perdonados, y por consiguiente, si seremos compañeros de los ángeles en el cielo ó de los réprobos en el infierno. ¡Dios mío!, ¿quién no temblará? (3).

Motivos tenemos para temblar, no sólo mirando á nuestros males y pecados, sino atendiendo á las obras que á nosotros nos parecen buenas, pues si bien las examinamos, hallaremos harta ocasión y materia para confundirnos por las faltas é imperfecciones que comúnmente mezclamos en ellas; porque, ¿quién puede decir: *Mi corazón está limpio, libre estoy de todo pecado?* (4). Repasemos un poco nuestra conducta. Quizá obramos muchas veces buscándonos á nosotros mismos ó movidos por afición ó inclinación natural, porque nos place el desempeño del cargo, comisión ú oficio que nos han confiado, ó por captarnos la admiración, los aplausos ó alabanzas de los demás, usurpando de este modo *la gloria debida á solo Dios* (5). Tal vez nos tenemos en tan elevado concepto, que nos resentimos con facilidad por una palabrilla, dicha muchas veces sin intención de mortificarnos, ó hablamos con frecuencia de nosotros mismos y queremos que se nos consulte, y que se nos atienda, y que prevalezca siempre nuestra opinión, y que nos tengan por personas de claro entendimiento y de criterio seguro en todo linaje de asuntos.

(1) Ecclesiast., IX, 1.

(2) Eccli., V, 5; Conc. Trid., sess. IV.

(3) Philipp., II, 12; Hebræ, XII, 28.

(4) Job, XXV, 4; Prov., XX, 9; I. Joann., I, 8.

(5) Isai., XLII, 8; Isai., XLVIII, 11.

Por ventura somos también demasiado fáciles en juzgar al prójimo y en creer sus faltas, ó tratamos á alguna de las hermanas con desdén, con aspereza ó poca caridad, echándola en cara sus defectos. Quizá no obedecemos con rendimiento de juicio, ni con la prontitud y alegría que caracterizan y hacen meritoria la virtud de la obediencia... Pero, ¿quién logrará descubrir toda la miseria que entraña el corazón humano, el cual, en frase de la Santa Escritura, es un manantial de vicios y pecados? (1). Hartos motivos tenemos para humillarnos y confundirnos y para repetir con el profeta Isaías, que *venimos á ser todos como inmundos leprosos, y como paño asquerosamente manchado toda nuestra vida* (2). Aunque Dios no fuera lo que es, bastaría ser nosotros lo que somos para tener la humildad por cosa necesaria y justa, para considerar como deber y practicar como virtud la afición, el deseo y el hábito de humillarnos á toda hora en todo.

¿Qué os parece, hermanas mías? Esto tenemos de nuestra cosecha; de todo este cúmulo de corrupción y de miseria podemos afirmar sin mentir que somos propietarios. Y si decimos que alguna cosa buena tenemos, como salud, habilidad, talento, prudencia, discreción, don de gentes, etc., San Pablo nos sale al encuentro para decirnos que nada de eso es nuestro, porque todos esos bienes naturales *los hemos recibido de Dios* (3), y del buen empleo de los mismos hemos de darle muy estrecha cuenta, y lo que debemos procurar es negociar con ellos para mejorar y aumentar el caudal que nos ha confiado (4). Sirvan estas reflexiones—que nunca hemos de olvidar, dice Santa Teresa (5), aunque nos creamos muy aprovechados en la virtud,—sirvan siquiera para no envanecernos

(1) Matth., XV, 19.

(2) Isai., LXIV, 6.

(3) I. Corinth., IV, 7.

(4) Luc., XIX, 13; II. Petr., I, 10; Matth., XXV, 16.

(5) Moradas, I, cap. 2.

nunca, para humillarnos siempre y rechazar indignados hasta el más ligero pensamiento de soberbia ó vanagloria, porque el más preciado adorno de la religiosa, como esposa de Cristo, es la humildad, más que la virginidad, pues aunque la virginidad es buena y muy excelente, pero no es virtud preceptuada, sino aconsejada (1); pero la humildad fué mandada por Cristo: *Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón* (2). Por ello decía San Bernardo que, aun la virginidad de María, Nuestra Señora, no habría agradado á Dios si no hubiera ido acompañada de la humildad (3); y por eso María, en su cántico, no dijo que Dios puso los ojos en su virginidad, sino en la humildad de su corazón. *QUIA RESPEXIT HUMILITATEM* (4).

Práctica. Ahora, pues, que hemos reflexionado y visto lo que somos, y estamos convencidos de nuestra miseria y de nuestra nada, sólo falta que seamos consecuentes, que seamos lógicos, que obremos desde hoy en armonía con lo que sentimos, esto es, que deseemos ser despreciados y tenidos de los demás por lo que somos, y sólo esto será virtud de humildad; porque conocer que somos nada, bueno es, pero no basta para que podamos llamarnos humildes; este conocimiento, esta convicción que tenemos de nuestra miseria y de nuestra nada, cuando mucho, será una buena disposición para «desear ser tenidos de otros como ineptos y despreciables», y en esto consiste propiamente la humildad. ¿Y cómo hemos de empezar á poner por obra esta dificultosísima virtud? Para proceder en ello con algún orden y suavidad, comencemos por ejercitarnos en el

Primer grado, el cual consiste, dice San Buenaventura, en que «se tenga uno á sí mismo en poco y sienta bajamen-

(1) I. Corinth., VII, 25.
(2) Matth., XI, 29.

(3) Homil. I, super Missus.
(4) Luc., I, 48.

»te de sí». El medio adecuado para adquirir este primer grado de humildad es el conocimiento propio, pues para tenernos en lo que somos, es menester que sepamos antes quién somos, y esto ya lo hemos considerado en la plática.

El segundo grado consiste en «desear ser tenidos de los otros en poco», y que no nos conozcan ni nos estimen y nadie haga caso de nosotros, y en huir de todo lo que envuelva honra y estimación, pues nada merece quien nada es, y como consecuencia de esto, sufrir con paciencia el ser despreciados de otros. Este es un medio muy eficaz para alcanzar la humildad y para conservarla. Muchas son las ocasiones que de ello se nos ofrecen cada día, y grande ejercicio de humildad podríamos traer si anduviésemos con atención y cuidado de aprovecharnos de ellas.

El tercer grado, y es el más perfecto, consiste en que «se alegre uno y regocije con la deshonra, calumnias, injurias y menosprecios». Quien ha llegado á esto, puede asegurar que posee la perfección de la humildad, porque dice con el Apóstol: *Alégrome en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias, por amor de Cristo* (1). Esto es ser discípulo de Jesucristo; esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo más codiciado de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es estar muertos al siglo y ser perfectos religiosos (2).

¿Decís que es difícil de practicar esta virtud? Así lo confieso, y aún añadido más: esta virtud no es sólo dificultosa, sino la más difícil de practicar. Lo más dificultoso en la vida cristiana no es hacer oración, ni oír Misa, ni rezar, ni ayunar, ni mortificarse, sino humillarse, pues nada tenemos tan metido en las entrañas ni tan entrañado en el corazón, como el

(1) II. Corinth., VI, 4; II. Corinth., XII, 9.

(2) Galat., II, 20; Galat., VI, 14; Coloss., III, 3.

apetito de ser honrados y estimados. El remedio está en la oración, hermanas mías; allí se conoce el hombre, *alumbra- do por la verdadera luz, que es Cristo Señor nuestro* (1); allí ve con suma claridad quién es, lo que vale y lo que mere- ce; allí se avergüenza y se confunde y se humilla hasta el polvo de su nada, y llora su iniquidad, y forma propósitos saludables, y se levanta regenerado y apercebido con la gra- cia de Dios á pelear con brío contra el maldito amor propio que le llevaba atolondrado por el despeñadero de la soberbia al abismo del pecado y de la perdición eterna. La oración, repito, es el remedio, «remedio eficaz y omnipotente», dice Tertuliano, y en nuestras manos le tenemos, pues Jesucristo ha dicho: *Pedid y recibiréis, porque todo el que pide, recibe* (2). Pidamos, pues, este don de la humildad, concedido á pocos, porque son muy pocos los que se resuelven de veras á ser humildes; y no obstante, sin humildad no hay virtud posible, porque ella es el germen ó raíz de la santidad, y si bien la caridad nos introduce en el cielo, pero es después que la hu- mildad nos ha abierto sus puertas (3).

A vaciar, pues, el corazón de todo lo que podemos llamar nuestro, porque todo repugna á los ojos de Dios. Si Dios nos ve hinchados con la hinchazón de la soberbia (4); si nos ve llenos de nosotros mismos (5), ni siquiera se dignará acer- carse á nosotros, *nos mirará de lejos*, dice San Pedro (6); pero si nos ve vacíos y sedientos de humildad, nos colmará de gracias (7), como aconteció al publicano de quien nos dice San Lucas (8), que por tener el corazón vacío de sí mismo y

(1) Psal. XXXIII, 6; Joann., I, 9; I. Joann., I, 5.

(2) Luc., XI, 9-10; Matth., VII, 8; Marc., X, 15; Joann., XVI, 24.

(3) Matth., XVIII, 3.

(4) Prov., VIII, 13; Eccli., X, 7; Isai., LI, 9.

(5) Sapient., IV, 19; I. Corinth., IV, 8; Luc., I, 53.

(6) Jacob., IV, 6; I. Petr., V, 5.

(7) Luc., I, 53; Luc., VI, 21.

(8) Luc., XVIII, 13.

creerse el mayor pecador del mundo, llenólo Dios de gracia, y dió la razón: *Porque todo aquel que se ensalza, será humillado; pero el que se humilla, será ensalzado.* ¡Dichosa y bienaventurada el alma humilde!, ella será amada y regalada de Dios, y al mismo tiempo admirada del mundo. Dios la llenará de dones y en ella tendrá sus complacencias (1), y el mundo la rendirá homenaje de veneración y de alabanza; pues si bien entre los hombres esta virtud es casi desconocida y son pocos los que la practican, pero no dejan de admirarla y ensalzarla cuando la ven resplandecer en alguno de sus semejantes, porque es hija del cielo, y por ello atrae, seduce y cautiva á los moradores de la tierra.

¡Hermanas mías, esposas de Jesucristo, *anonadado por nuestro amor hasta la muerte!* (2), ante todo seamos humildes de corazón, es decir, interiormente, pues lo de fuera poco vale. El corazón es nuestro santuario; allí es donde nuestras virtudes nacen, crecen y fructifican; allí donde nos mira Dios, como lo enseñan sus Sagradas Escrituras (3); allí donde pone su morada cuando quiera que le hospedamos, y allí donde erige su trono. Seamos, pues, ante todo humildes de corazón, porque sólo así lo seremos verdaderamente. Cultivemos con solícito esmero esta virtud; por aquí hay que comenzar, pues nada nos ordena Dios tan imperiosamente (4). Empecemos por pedir á Dios con Salomón un *corazón dócil* (5), flexible á la gracia, atento á los avisos del Espíritu Santo, y alumbrados por el faro de la fe, sigamos todo camino en donde se nos ofrezca ocasión de abajarnos y escondernos en nuestra nada, y de que nos rebajen y olviden los demás. Obrando de esta suerte, en cada acto de humillación

(1) Prov., VIII, 31; Prov., III, 32.

(2) Philipp., II, 7.

(3) I. Reg., XVI, 7.

(4) Matth., XI, 29; Mons. Gay. Humildad; Matth., V, 4.

(5) III. Reg., III, 9.

hallaremos tesoros de verdad, de justicia y de paz, y al fin lograremos delicias tan incomprensibles como lo son hallar á Jesús, unírnos con Él, vivir de su misma vida (1) y morir en su misma cruz (2), para reinar luego con Él por toda la eternidad en la patria de los bienaventurados.

(1) Galat., II, 20.

(2) Galat., VI, 14.



DE LAS TENTACIONES
